

EL JINETE DEL CABALLO BLANCO

7º- 9º

El camino hacia el norte era largo y el otoño se había vuelto implacable. El viajero, que llegaba desde la ciudad con los bolsillos llenos de polvo y las botas agrietadas, encontró refugio en la casa del maestro de escuela, la única vivienda que aún tenía luz en aquella aldea perdida entre marismas y cielos plomizos. Afuera, el viento del Mar del Norte gemía como un animal herido, y la lluvia golpeaba los cristales con la insistencia de quien pide entrada.

El maestro, un hombre de barba gris y manos manchadas de tinta, sirvió dos tazas de té humeante y se sentó frente al fuego. El viajero, por cortesía, preguntó por el enorme dique que se alzaba al sur, una mole de arcilla y piedra que desafiaba la llanura líquida.

—Es una obra imponente —dijo el viajero—. ¿Quién la construyó?

El maestro guardó silencio. Las llamas danzaron en sus pupilas y, cuando habló, su voz era el rumor de las olas lejanas.

—Esa obra tiene nombre y tiene maldición. Se llamaba Hauke Haien, pero aquí nadie pronuncia ese nombre en voz alta cuando cae la noche. Lo llamamos el jinete del caballo blanco, y aún cabalga, si usted sabe mirar el mar en las tormentas.

El viajero no rió. Algo en la voz del maestro le heló la médula. Así, entre el crepitar de la leña y el aullido del viento, comenzó la historia.

Hauke Haien había sido hijo de un campesino pobre que, además de arar la tierra, ejercía de agrimensor para los señores del lugar. Desde muy niño, Hauke mostró una inteligencia fría y voraz. Mientras los otros muchachos correteaban por los prados o pescaban anguilas en los canales, él se sentaba en las colinas con un compás y una tablilla de madera, trazando ángulos y midiendo distancias. No leía la Biblia como los demás; leía libros de geometría que su padre le conseguía en la ciudad, y en ellos encontraba una verdad más sólida que cualquier sermón.

Su obsesión eran los diques. Cada tarde, cuando el sol se ponía tras el mar, Hauke contemplaba la línea de tierra que contenía el océano. Los viejos diques, contruidos por generaciones anteriores, tenían la pendiente equivocada: demasiado rectos, demasiado orgullosos. El agua, al golpearlos, se encrespaba y buscaba resquicios. Hauke soñaba con una muralla nueva, de suave inclinación hacia el mar y de verticalidad hacia la tierra, para que el oleaje perdiera su fuerza antes de tocar la base.

Una tarde de primavera, una ola rebelde saltó por encima del viejo muro y arrastró a un cordero que pastaba demasiado cerca. El pastor, un hombre viejo y tembloroso, se arrodilló en el barro y gritó que el mar había pedido su tributo. Hauke, de pie sobre un montículo, apretó los puños y juró en silencio que él construiría un dique que ni el mismo mar pudiera saltar.

Esa noche, en la taberna del pueblo, los campesinos bebían cerveza oscura y reían de los dibujos del muchacho. El capataz del dique, un hombre corpulento de nombre Ole Peters, escupió al suelo y dijo:

—Las matemáticas no detienen la marea. Solo la sangre y la tierra de nuestros muertos la aplacan. Ese muchacho tiene el demonio en la cabeza, y quien lo escuche será maldito.

Pero entre todos los aldeanos, había una muchacha que no reía. Se llamaba Elke Volkerts, hija del propio diquero, y tenía los ojos claros y la palabra firme. Ella veía en Hauke algo que los demás no veían: no un endemoniado, sino un hombre que se enfrentaba al mundo con la única arma que poseía: la razón.

Los años pasaron. Hauke creció y se convirtió en un hombre alto, de hombros angulosos y mirada gris, siempre fija en el horizonte. Su padre murió de una fiebre, y Hauke heredó la vara de medir, el compás de latón y la pobreza. Pero también heredó el respeto de Elke, que se convirtió en su esposa y en su única aliada.

Cuando el viejo diquero Volkerts murió, la comunidad se reunió para elegir a su sucesor. Hubo gritos y disputas, pero Elke, con la autoridad que le daba ser la hija del difunto, alzó la mano y señaló a su marido.

—Hauke Haien sabe más de diques que todos vosotros juntos. Si queréis que el mar no os devore, ponedle a él la vara.

Y así, contra la voluntad de Ole Peters y de muchos otros, Hauke se convirtió en el nuevo diquero. Su primera orden fue cambiar el trazado del dique principal, abriendo una nueva zanja de desagüe que él había calculado al milímetro. Los campesinos protestaron; decían que la zanja desviaría las aguas hacia sus tierras, que era un capricho de loco, que Hauke quería destruir el pueblo. Pero él se mantuvo firme, con los planos extendidos sobre la mesa, y no cedió ni un palmo.

Fue entonces cuando apareció el caballo.

Un día, en un mercado de la ciudad, Hauke vio un corcel blanco de ojos inquietos y crines como espuma. El animal era hermoso, pero tenía algo extraño: cuando se acercaba al agua, relinchaba y retrocedía, como si reconociera en el mar a un enemigo ancestral. El dueño, un hombre de mirada turbia, se lo ofreció a bajo precio.

—Este animal no es para cualquiera —dijo el vendedor—. Huele la muerte antes de que llegue.

Hauke compró el caballo y regresó al pueblo montado en él. Cuando los aldeanos vieron al jinete y al corcel blanco recortados contra el cielo gris, se santiguaron. Las mujeres escondieron a los niños, y los hombres apretaron las herramientas como si fueran armas. Ole Peters fue el primero en alzar la voz:

—¡Es un nixe! ¡Un espíritu del agua disfrazado! ¡Miren sus patas, no dejan huella en la arena húmeda!

Hauke desmontó y miró a su rival con desprecio.

—Déjame tu mula y te daré mi caballo, si tanto miedo te da —dijo—. Pero tu mula es tan torpe como tu entendimiento.

La multitud rió, pero fue una risa nerviosa, la risa de quien teme al que no comprende. Desde aquel día, Hauke y su caballo blanco se convirtieron en la imagen del pueblo, y también en su pesadilla. El caballo no era malo; era noble y fuerte, y solo respondía a la voz de su amo. Pero la superstición es más antigua que la verdad, y los aldeanos empezaron a tejer rumores: que Hauke hablaba con el animal en lenguas extrañas, que el caballo aparecía y desaparecía entre la niebla, que sus ojos eran dos carbones encendidos.

Elke dio a luz a una niña. La llamaron Wienke, que en la lengua de los frisones significa "pequeña". Pero la niña, al crecer, no hablaba con claridad y su mirada a veces se perdía en el vacío. Hauke la amaba con una ternura desesperada, pero el pueblo vio en la discapacidad de la niña el castigo de Dios. «Por la soberbia del padre», susurraban las viejas, «el fruto se pudre en la rama».

Hauke ignoró los murmullos. Enseñó a Wienke a contar con piedras y a dibujar círculos en la arena. La niña reía cuando el caballo blanco le lamía la mano, y eso era suficiente para que el corazón de Hauke se llenara de una paz momentánea.

Pero el conflicto con los campesinos no cesaba. El nuevo dique de Hauke, que él había bautizado con el nombre de El Baluarte, avanzaba lentamente. Usaba enormes bloques de arcilla mezclada con grava y un sistema de contrafuertes ocultos que solo él entendía. Cuando la obra estuvo terminada, mandó grabar una frase en latín sobre la piedra angular:

"Fiat iustitia, pereat mundus" —hágase la justicia, aunque perezca el mundo.

Los aldeanos no sabían latín, pero alguien tradujo la frase a medias y cundió el pánico. Creyeron que Hauke invocaba al demonio para destruir la tierra, y Ole Peters, que se había convertido en el portavoz del miedo, predicó desde la taberna que el dique era una obra del infierno. «El mar no se contiene con números», repetía, «el mar se aplaca con oraciones y sacrificios».

Una noche de invierno, Hauke despertó sobresaltado. Había soñado con su hija Wienke caminando sobre el mar. La niña avanzaba sobre las olas como si fueran un prado, y detrás de ella, un caballo blanco la seguía. Hauke saltó de la cama y corrió al cuarto de la niña. Estaba dormida, pero en su mano derecha tenía un puñado de arena mojada.

Desde entonces, Hauke ató a Wienke con una cuerda cuando salía a jugar cerca del dique. Elke lloró al ver la cuerda, pero él fue inflexible.

—El mar la llama —dijo Hauke con voz rota—. Y el mar no negocia.

Llegó el último día del año. El cielo se tiñó de un plomo denso y el mar, inusualmente, se retiró más allá de lo que nadie recordaba. El lecho quedó al descubierto: rocas negras, cangrejos muertos, restos de naufragios centenarios. Los pescadores, temblorosos, señalaron la marea vacía y dijeron que aquello era el preludio de un Landunter, una marea de tempestad que solo ocurría una vez cada cien años.

Hauke subió al dique nuevo y lo recorrió palmo a palmo. Todo estaba en orden. Sus cálculos eran perfectos. Pero cuando miró hacia el norte, vio que el dique viejo, el que él no había construido, comenzaba a ceder bajo la presión del agua que se acumulaba. Los números le dijeron la verdad: el rompimiento sería por el norte, y su dique resistiría. Pero los campesinos no entendían de números. Solo veían el agua crecer y el miedo les nublaba el juicio.

Al anochecer, la tormenta estalló con una furia que arrancaba tejas y doblaba árboles. Los aldeanos, armados con antorchas y hoces, rodearon a Hauke en la cima del Baluarte. Ole Peters, con la cara deformada por el odio y el pánico, levantó su hoz y gritó:

—¡Derriba tu dique, o el mar se llevará todo! ¡Tu maldita muralla desvía el agua hacia nosotros!

Hauke intentó explicarles, con palabras sencillas, con dibujos trazados en el barro, que el dique viejo era el culpable, que el suyo aguantaría. Pero nadie escuchó. La turba rugía como el mar, y las antorchas iluminaban rostros de locura.

En aquel caos, la cuerda que ataba a Wienke se soltó. La niña, aterrorizada por los gritos y las llamas, salió corriendo hacia la orilla, confundiendo la espuma blanca con el vientre de su madre.

—¡Wienke! —gritó Elke desde la distancia.

Pero la niña ya era solo una mancha pequeña entre dos olas negras.

Hauke la vio desaparecer. Su mundo de ángulos, de teoremas, de números perfectos, se derrumbó en un solo instante. No gritó. No lloró. No maldijo. Con una lentitud terrible, montó su caballo blanco. El animal relinchó, no con miedo, sino con un reconocimiento profundo, como si aquel momento hubiera estado escrito en sus huesos desde el día de su nacimiento.

Los aldeanos, enmudecidos, vieron al jinete y al corcel lanzarse al abismo. El mar se abrió para recibirlos, con la misma indiferencia con que se abre una boca para tragar un bocado. Las olas se cerraron sobre ellos, y solo quedó la espuma blanca que se deshizo en la noche.

Al amanecer, la tormenta cesó. El dique nuevo seguía en pie, firme, intacto. El dique viejo, el del norte, se había desmoronado, pero la tierra arrasada por el mar no era tan extensa como todos temían. El Baluarte había cumplido su propósito.

Pero Hauke y Wienke no volvieron. Tampoco el caballo blanco. El mar se los había llevado para siempre.

El maestro de escuela terminó su relato. El viajero llevaba un rato sin respirar. El fuego se había consumido casi por completo y solo quedaban brasas rojizas. Afuera, la tormenta había amainado, pero el viento aún gemía en las rendijas.

—¿Y qué fue de Elke? —preguntó el viajero en voz baja.

—Murió vieja, en la casa vacía, mirando siempre hacia el norte —respondió el maestro—. Los campesinos derribaron todo lo que pertenecía a Hauke: sus libros, sus planos, sus instrumentos de medición. Quemaron sus dibujos como si fueran herejías. Pero el dique no pudieron derribarlo. Porque el dique no está hecho solo de barro y piedra, amigo mío. Está hecho de razón, y la razón es más dura que el agua.

El viajero se levantó y dio las gracias. Salió a la noche, bajo un cielo estrellado que ya no lloraba. Mientras caminaba hacia el sur, bordeando el enorme dique que Hauke había construido, creyó oír algo a sus espaldas. No eran pasos; era el rumor de un galope lejano, como de cascos que golpean la espuma.

Se giró. No había nadie. Solo el mar, inmenso y oscuro, y una ola blanca que rompía contra la base del dique y se deshacía en forma de caballo, con crines de espuma y ojos de luna.

El jinete del caballo blanco aún cabalga, dijo el maestro. Y el viajero, en esa noche, supo que no era mentira.

(Sigue el poema abajo)

Silba el viento entre los juncos,
ruge el mar con dentellada.
Hauke mide con compás
la llanura amenazada.

—*"Alzaremos dique nuevo,
curva suave y base fuerte.
Ni el mar ni el cielo lo tumban,
aunque el miedo desconcierte"*.

Ole Peters, puño en alto,
clava al pueblo su veneno:
—*"¡Ese loco vende su alma!
¡Su caballo es el del trueno!"*

Pero Elke, firme, objeta:
—*"Hauke ve lo que no veis.
Su razón es vuestro escudo,
no tupáis lo que entendéis"*.

El dique crece, piedra a piedra,
graba en mármol su divisa.
"Fiat iustitia, pereat mundus"
y la aldea tiembla y se agita.

Llega un corcel crines blancas,
ojos de luna y relincho.
—*"¡Es un nixe*!", clama el jefe,
"¡sus cascos son de artificio!"*.

—*"Toma mi mula", dice Hauke
"si el pánico te desgarras.
Mi caballo es noble y fuerte,
y me guía con rauda calma"*.

Nace Wienke, dulce y frágil,
mente errante, mano leve.
Hauke la ata con su cuerda:
"para que el mar no te lleve".

Llega el día de San Silvestre,
el océano se retira.
—*"¡Es señal de muerte cierta!",
la aldea gime; eso es mentira.*

Ruge el viento, el dique viejo
se resquebraja y se pudre.
—*"¡Derriba tu obra, maldito,
o tu dique nos sepulte!"*

—*"¡No es el mío, es el del norte!,
mis números no son vanos.
¡Vuestra ceguera os condena,
no mis cálculos, hermanos!"*

La cuerda de Wienke rompe,
la niña corre a la espuma.
—*"¡Hija, vuelve!", Elke clama,
mas la ola la niña abrumba.*

Hauke monta el corcel blanco,
sin gemido ni reproche.
—*"¡Adiós, mundo de mentiras!"
—y se lanza al mar de noche.*

El océano, sin piedad,
padre e hija entre la bruma,
son tragados, el dique queda
testigo de aquella espuma.

Y hoy, si el viento norte sopla
y la luna viste plata,
se oye un galope en las olas:
—*"¡un jinete que no acata!"*

—*"¡Que galope, que galope,
sobre el dique que él alzó!
La razón vence a la arena,
mas su alma allí se hundió"*.

*Espíritu acuático maligno